

FUTBOL Y POLITICA

ENTREVISTA A CHANTALL MOUFFE

Revista Trespuntos 15 de julio de 1998

Chantall Mouffe es una de las principales figuras de la filosofía política contemporánea. Desde Londres, donde es investigadora del Centro de Estudios por la Democracia de la Universidad de Westminster, habla del papel de la pasión en la sociedad actual y reflexiona ampliamente sobre las virtudes democráticas del fútbol.

POR RICARDO IBARLUCIA
ILUSTRACIÓN: FERNANDO FIGOWY

☉ —En sus trabajos de filosofía política, usted vincula las teorías democráticas vigentes con los conflictos étnicos, religiosos y nacionalistas que sacuden el mundo. ¿A qué atribuye la crisis de eficacia y legitimidad que sufre la política en las democracias occidentales?

—Actualmente hay dos modelos de entender la democracia. Uno es el modelo agregativo, según el cual los individuos viven conforme a sus intereses. Para esta concepción, la democracia consiste en una negociación, un acuerdo entre distintas partes. El otro modelo, más reciente, es el de la democracia deliberativa, según el cual la democracia no es simplemente una negociación entre intereses individuales, sino más bien la búsqueda de una dimensión moral de carácter intersubjetivo. Esta segunda concepción, representada en nuestros días por Jürgen Habermas, afirma que la democracia es la tentativa de encontrar, a través de la argumentación, un consenso racional con respecto al interés público. En mi opinión, ninguno de estos dos modelos resulta satisfactorio, desde el momento en que no tienen en cuenta una cuestión determinante en el campo de las identidades colectivas: la pasión.

—¿Qué entiende usted por pasión?

—Yo entiendo esa palabra de manera muy amplia. No me refiero a las pasiones personales, como la ira y el coraje, sino a una dimensión que tiene que ver con el deseo del inconsciente, que tiene que ver incluso con la dimensión del mito. De alguna manera, todo lo que no pue- ➤

de ser catalogado ni del lado del interés ni del lado de la razón. La pasión es precisamente eso que hace que hoy en día ningún modelo democrático termine de encajar, aunque evidentemente no es extraño, porque el modelo actual es un modelo por completo dominado por dos características: el racionalismo y el individualismo. Desde el individualismo no es posible entender la formación de identidades políticas, porque las identidades políticas son identidades colectivas. Desde el racionalismo, lo que no se puede entender es que la democracia también es la dimensión del pluralismo de los valores. Vale decir, que la democracia moderna reconoce que no puede haber una sola respuesta racional frente a la definición del bien común, del interés público. Hay valores distintos que no pueden ser monopolizados y siempre va a haber varias respuestas legítimas a esas preguntas. De allí la importancia de aceptar y asegurar el disenso.

“El fútbol es un modelo de convivencia democrática. De no ser por él, habría más violen-

—¿No hay, sin embargo, en el ser humano una necesidad de ser parte de algo que va más allá del individuo, un deseo de formar parte de un nosotros, de una identidad colectiva?

—Quien nos puede ayudar a clarificar esto es Elías Canetti. En su libro *Masa y poder*, dice que en el ser humano hay dos pulsiones contradictorias. Por una parte, hay una especie de pulsión hacia la individualidad: el ser humano quiere ser singular, quiere ser distinto de los demás, quiere ser realmente un individuo particular. Por otra parte, hay una pulsión que él llama pulsión de masa y que es esa tendencia del ser humano a perderse en la identidad colectiva, a perderse en la masa. Realmente hay que lograr un equilibrio entre

CHANTALL MOUFFE nació en Francia. Es Miembro Distinguido del Centre National de la Recherche Scientifique de París e investigadora del Center for the Study of Democracy de la Universidad de Westminster. Además de numerosos trabajos sobre Marx, Gramsci y teoría de la democracia, es autora, en colaboración con Ernesto Laclau, de *Hegemony and Socialist Strategy* (1992). Dos libros suyos fueron publicados recientemente por Paidós: *El retorno de la política* (1996) y la compilación *Deconstrucción y pragmatismo* (1998), que incluye ensayos de Jacques Derrida y Richard Rorty.

esas dos posiciones, entre esa pulsión individual que puede llegar a formas demasiado individualistas y esa pulsión hacia la masa. Esto me parece muy importante, porque una parte de lo que yo trato de explicar con respecto a la pasión es precisamente esa pulsión hacia la identidad colectiva, hacia la masa: esa necesidad de formar parte de un nosotros.

—¿Cómo se traducen esas pulsiones opuestas en el campo político?

—Para que uno pueda formar parte de un nosotros, tiene necesariamente que haber un ellos. Cuando se establece una distinción entre nosotros y ellos, siempre existe la posibilidad de que esta distinción se dé bajo una forma de anta-

gonismo, bajo la forma de *amigo-enemigo*. Evidentemente, lo político tiene que ver con el reconocimiento de la división en la sociedad. Esto es algo que ni la democracia agregacionista ni la deliberativa son capaces de reconocer. El modelo dominante es un modelo consensual. En efecto, uno podría decir que desde la caída del comunismo, en los países europeos hay una tendencia —que uno podría notar también en Latinoamérica— a pensar que la política tiene que situarse en el centro y que el modelo ideal es el consenso. La superación de la división izquierda-derecha implicó la supresión de los antagonismos y, con la caída del comunismo, muchos partidos de izquierda abandonaron la idea de ser modelos alternativos. Por lo general, se acepta que el modelo liberal es muy democrático y se dice que es el único que hoy en día se puede considerar como legítimo.

—¿Esto explicaría por qué no hay alternativas en el marco de la política democrática?

—Sí, está muy claro. Ya no hay posibilidad de movilizar las pasiones políticas a través de los partidos democráticos, porque ellos ya no ofrecen alternativas. De hecho, ya no hay alternativas de derecha o izquierda, todo responde a ese modelo consensual. Las pasiones que no encuentran un desahogo en la política democrática o bien se desplazan hacia identidades de tipo nacionalista, formas étnicas o identidades religiosas, o hacia lo que constituye probablemente el fenómeno más preocupante de los últimos años: los movimientos de extrema derecha. Estos movimientos de extrema derecha son los únicos que hoy en día ofrecen a las pasiones políticas una manera de movilizarse en pos de una alternativa distinta. La extrema derecha ofrece una alternativa, evidentemente una alternativa inaceptable, pero una alternativa al fin. Frente al consenso ofrecido por los partidos de centro izquierda o de centro derecha, es evidente que los movimientos de extrema derecha rompen con esa idea de que el neoliberalismo es el único modelo posible.

—¿Cuál podría ser una solución democrática a este problema?

—Es muy importante para una sociedad democrática que haya un desahogo para las pasiones a través de los partidos democráticos. Que existan, en el interior del marco democrático, distintas posiciones. La distinción izquierda-derecha siempre ha tenido el papel de movilizar de manera legítima las pasiones en torno a objetivos claros y alternativas diferenciadas. Hoy en día eso ya no sucede. Hay realmente un déficit democrático que hace que esas pasiones acaben encontrando otras formas de manifestarse. El desafío teórico

es ver cómo se puede desarrollar un modelo democrático no racionalista. Un modelo que reconozca que los seres humanos, en el campo político y en el de las identidades colectivas, no son movidos únicamente por el interés, sino también por las pasiones. Se trata de encontrar un equilibrio entre esa pulsión hacia la masa de la cual habla Canetti y lo que puede describirse como un modelo de pluralismo *agonístico*, usando una palabra griega que viene del deporte: *agón* significa competencia, tanto en el sentido de combate como en el de juego. Es preciso aceptar que, en democracia, haya una lucha legítima entre diferentes valores. Es decisivo reconocer que el marco democrático debe dar posibilidad al disenso.

—¿No hace falta, sin embargo, cierto consenso sobre las normas básicas que rigen la vida democrática?

—Evidentemente también se necesita consenso sobre las llamadas reglas del juego, aunque ésa es una expresión

violencia, más nacionalismo, más intolerancia.”

un poco limitada, porque las reglas de juego no son simplemente procedimientos, como muchos entienden, sino algo que concierne a lo que llamo el *ethos* democrático: un conjunto de prácticas políticas, que no sólo comportan acuerdos sobre mecanismos determinados, sino todo un concepto de vida. También es muy importante que haya disenso sobre la interpretación de los valores comunes. Que estos valores sean la libertad y la igualdad no significa que haya una sola manera de interpretarlos. Puede haber muchas interpretaciones y ninguna debe tomarse como la única y definitiva. De lo contrario, la democracia cae en una forma de autoritarismo. Por eso es tan necesario reconocer que existe un competencia legítima entre las distintas interpretaciones.

—Cuando usted habla de un modelo *agonístico* susceptible de ser aplicado a la teoría de la democracia, ¿en qué deporte precisamente está pensando?

—Yo encuentro en el fútbol un modelo, un buen ejemplo de la era democrática. Es un deporte muy democrático en la medida en que las clases sociales no juegan un papel predominante en él. El fútbol expresa la condición democrática, la posibilidad de que a través del mérito, independientemente de la extracción social, un individuo pueda llegar a destacarse. En cada mundial, por ejemplo, países que no son muy poderosos participan en un plano de igualdad y muchas veces vencen. Yo veo en el fútbol un modelo de convivencia.

—Sin embargo, no todos piensan como usted. Muchos ven en el fútbol el disparador de pasiones ciegas, intolerantes y violentas.

—Básicamente hay dos interpretaciones. Una lo considera socialmente como un hecho negativo, que exacerba aque-

llas pasiones que sería conveniente eliminar. Desde este punto de vista, el fútbol es una fuente de agresividad y de nacionalismo. Algunos incluso dicen que contribuye a la narcotización de las masas. Es la idea del fútbol como el nuevo opio de los pueblos. En general, se trata de gente que tiene una concepción de democracia racionalista. Se toma el fútbol como la manifestación de algo negativo, que desarrolla lo peor que hay en el hombre. La otra concepción, que me parece a mí la más acertada, ve en el fútbol el desahogo pacífico de toda una serie de pasiones que, al encontrar una forma de genuina expresión, evitan transformarse en un elemento peligroso. En otras palabras, si no fuera por el fútbol las cosas serían más violentas, habría más nacionalismo, más racismo, más intolerancia. El fútbol domestica un poco esas pasiones

—Pero la violencia en el fútbol es un dato innegable.

—Ciertamente. En el fútbol hay toda clase de desbordes, no quiero decir que no los haya. Pero lo que fundamentalmente encuentro en un hecho de pasión como el fútbol es la posibilidad de que la gente se sienta formando parte de un *nosotros*. Como todo *nosotros*, necesita tener enfrente un *ellos*, pero en el fútbol este *ellos* no es visto como un enemigo, sino como un adversario. Desde el punto de vista de lo que yo llamo pluralismo *agonístico*, esto resulta muy importante, porque permite, por así decirlo, sublimar a través del juego esa pulsión de masa de la que habla Canetti, que al tener la posibilidad de expresarse va a ser menos fuerte después. Si las pasiones no tienen un desahogo, es probable que se expresen de manera mucho más virulenta o en formas de oposición *nosotros-ellos*, en las que los otros no son tomados como el adversario sino como el enemigo. La categoría del adversario es fundamental para la democracia, cuyo *agonismo* se diferencia esencialmente del *antagonismo* basado en la relación *amigo-enemigo*. En democracia, uno lucha para ganar en el campo político, pero también respeta al otro, acepta que éste gane y no pretende destruirlo. Dentro de esta perspectiva de la democracia como pluralismo *agonístico*, el fenómeno del fútbol me parece un buen ejemplo de esa lucha entre adversarios y no entre enemigos, que se da sobre la aceptación recíproca de ciertas reglas de juego. En este sentido, el fútbol resulta un buen modelo de lo que tendría que ser la lucha política democrática.

—¿Qué pasa cuando, por el resquebrajamiento total o parcial del orden democrático, el fútbol aparece como la única forma de identificación política?

—Ésa es desgraciadamente la situación de hoy en día en muchos países de Europa y Latinoamérica. La pasión del fútbol está muy bien cuando se da al lado de la lucha democrática, entonces se refuerzan mutuamente. Pero cuando hay una especie de sobrevaloración del fútbol, porque no pueden encontrarse esas formas de participación en el campo político, entonces puede llegar a tornarse muy peligroso. ■